



( " España " )

LA ACTUALIDAD POLITICA

## LA CRISIS DE LA IRRESPONSABILIDAD

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

Eso del expediente Picasso va a poner a definitiva prueba la lealtad de los monárquicos incondicionales, de los que se dicen tales. Entre ellos de los que profesan, por lo menos de boca, la doctrina de la consustancialidad de la monarquía y la patria.

Si para poner a cubierto la irresponsabilidad constitucional del monarca rehusan ellos responder de veras es que son malos monárquicos, desleales al rey. Lo noble, lo hidalgo, lo caballeresco es cargar con la responsabilidad los que no sufrieron, no quisieron o no pudieron enfrenar a su tiempo trasgresiones de irresponsabilidad. Porque negarlas es ya lo peor.

En el expediente se habla de la desaparición, o mejor del robo de los documentos pertenecientes al desdichado general F. Silvestre, al brazo ejecutor de la santiagada, de aquella desatinada hazaña—más bien fechoría—fraguada en oficina de ineptia y de frivolidad estratégicas. Acaso entre aquellos documentos estuviese el famoso telegrama de «¡ole los hombres!, ¡así se hacen las cosas!», y así se des-hacen.

La actual crisis política de España es la crisis más honda después de 1868; es la crisis de la irresponsabilidad. Y ¿no podríamos hacer suposiciones?

Supongamos que al irresponsable le pesara su irresponsabilidad y quisiera go-

bernar y gobernar con todas las de la ley, personalmente y respondiendo y que el obstáculo para ello fuesen los que en vez de servirse de él—que es constitucionalmente lo correcto—le sirven. Y que él se diga: «sí, que me sirvan, pero teniendo yo la iniciativa y con ella la responsabilidad, y no que yo les sirva a ellos». Y supongamos que él quisiera responder y respondiendo echar por tierra un régimen constitucional que estimara absurdo y que son sus servidores los que se opusieran a ello porque les conviniese esta ficción de constitucionalidad. En este caso podríamos llegar a ver un acto que sería sonado en la historia.

Lo que es inmoral, profundamente inmoral, es servir en Palacio a una política absolutista o despótica, de irrefrenada actuación personal, y negarse luego en el Parlamento a responder constitucionalmente. El Gobierno que no tiene medios de impedir escapadas de agencia diplomática al extranjero y fragmentos de operaciones bélicas dimite inmediatamente. «Es que no se puede dejar la corona en la calle», dicen. ¡Es el deber en ese caso! «¡Es que el patriotismo exige ir a ocupar un puesto que si no sabe Dios quién lo ocuparía!» ¡Quien quiera que fuese! Una vez dijo Maura: «¡que gobiernen los que no dejan gobernar!» Pero el gran mas-carón de proa de esta desvencijada nave

que se hunde jamás ha dicho, que sepamos: «¡que gobierne el que no deja gobernar!»

Estamos en la crisis de la irresponsabilidad. Ni la queremos los liberales ni la quiere el irresponsable, aunque por motivos contrapuestos. Sentimos el absurdo de esa ficción constitucional unos y otro. Los liberales, los verdaderos liberales somos republicanos; el irresponsable es absolutista o imperialista.

Los que en esta crisis se ven perdidos son los que constituyen la taifa de políticos que han vivido y medrado al amparo del absurdo sistema pseudo-constitucional español, de esa monstruosidad que es la Constitución de 1876, la del por la gracia de Dios Rey constitucional de España.

Estamos tocando los efectos de esa desatinada Constitución que forjó Cánovas del Castillo, el que nada hizo para impedir la caída de doña Isabel II, el que trajo luego a Alfonso XII, cuando éste era protegido del duque de Montpensier, con cuya hija casó luego. De aquel duque, don Antonio de Orleans, que conspiró contra su cuñada la reina. La Restauración fué, en sus comienzos, un acto anti-carlista, y un acto de anti-carlismo fué el primer matrimonio de Alfonso XII con la Orleans. Luego la Restauración se enlazó con el carlismo, se carlistizó, volviendo al sendero del reinado de Isabel II. Y en la tras-Regencia ha vuelto a asomar el espíritu absolutista en lucha con la irresponsabilidad constitucional.

La reforma constitucional la quieren las dos fuerzas en lucha, aunque en sentido contrario. Ninguna de las dos soberanías tolera a la otra. Eso de la co-soberanía solamente la sostienen esos... (no encuentro calificativo adecuado) que han vivido de la abyección. De la abyección de encubrir su responsabilidad con la irresponsabilidad ajena.

relevado y, esté o no virtualmente, es lo cierto que D. Millán continúa tranquilo en su puesto y es vano el clamor unánime de todo el país, de la prensa, del Parlamento, que pide su destitución. No es el del oído el sentido más desarrollado de nuestros gobernantes. Por lo menos frente a los gritos de la calle padecen una sordera incurable, lo que no obsta para que en cambio perciban el menor cuchicheo en ciertas estancias íntimas.

El procónsul de Madrid tiene más suerte que el de Barcelona; se sostiene mejor la tiranía bufa que la tiranía trágica. El espectáculo de estos días en el Congreso es verdaderamente absurdo. Uno tras otro van levantándose diputados de todas las fracciones, acumulando cargo sobre cargo contra el director de orden público. Torpezas, ineptitudes, arbitrariedades, vejaciones injustificadas, vesania persecutoria. Cargos precisos y documentados, irrefutables. Todo en vano. El ministro de la Gobernación se mantiene inalterable en el papel de balón de dinamómetro que le han adjudicado y procura defender lo indefendible. El Sr. Sánchez Guerra, que en otras cuestiones parecía dispuesto a acceder a las solicitudes de la opinión, en ésta se obstina en negar realidad a una protesta en que coinciden todos.

En vano la Universidad se ha sumado a la protesta. Si se cierran las Universidades, que se cierran. En el conflicto entre la Universidad y la policía, el gobierno no vacila. ¿Vaciló acaso en el conflicto entre la policía y la justicia? Esta época de declive no es época de Universidad, ni época de justicia, es época de policía. Ni la justicia ni la Universidad van a procurar a este régimen corrompido la adhesión de los ciudadanos que necesita. La policía no les procurará adhesión, pero hará callar a los descontentos. No es, pues, extraño que D. Millán se sostenga en su puesto a pesar de todos los pesares.

### El suplicatorio de Berenguer

La comisión encargada de dictaminar acerca de la petición de un suplicatorio para procesar a Berenguer se ha declarado favorable a su concesión. Es de suponer que el Senado ratifique este acuerdo después del consiguiente debate y a pesar de la inevitable conjura que también esta vez corre a cargo del no menos inevitable travieso conde.

No se puede mirar sin cierta melancolía la suerte del antiguo virrey de Marruecos.

estación. Era el Sansón que Dios había enviado a este pueblo afligido para defenderle de los filisteos del Rif. Un Sansón cuya fuerza estaba en la literatura oficial y oficiosa derrochada en loor suyo y que no necesitó de ninguna Dalila para caer. Probablemente el general será sincero cuando se asombra sin comprender, comparando la pasada grandeza y la presente humillación.

Pero la cuestión no es ésta. Ya tenemos nuestro Sansón atado a las columnas del templo. ¿Qué hará? ¿Se resignará a caer solo? ¿O tendrá bríos para derribar la columna y con ella el templo, este templo resquebrajado del actual régimen español envilecido?

### Las responsabilidades en el Congreso

Mientras los senadores deliberan sobre la suerte del antiguo caudillo africano, se discuten en el Congreso las responsabilidades políticas que pudieran resultar del desastre. Hasta ahora el debate no ha podido ser más lamentable y no ha correspondido en modo alguno a la expectación despertada en el país.

Los liberales han abordado con timidez la cuestión. La responsabilidad no puede limitarse a los tres ministros del gabinete Allende-Salazar, ha de alcanzar por lo menos al gabinete siguiente, y en especial a su ministro de la Guerra. La responsabilidad tampoco puede reducirse a una mera censura política, tiene que ir acompañada de una sanción penal. En esto la única firme es la posición de Prieto. Ya que hemos esperado tanto, ya que en su día el pueblo no se alzó en masa para imponer una responsabilidad fulminante, que sea ahora al menos todo lo amplia posible.

Pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones. Del actual Parlamento español no puede esperarse gran cosa. Tampoco sabe atender al clamor de la calle y menos a las exigencias hondas de la lógica histórica. Es un Parlamento empujado por la Fatalidad, víctima de su propia debilidad, que se consume a sí mismo en sus intrigas olvidando la transcendencia de su misión.

### Justicia griega

Por una de esas conexiones inexplicables de la lógica histórica, al mismo tiempo que nuestro Parlamento urde la farsa de la impunidad, acusando débilmente y como por compromiso, en un encubrimiento presente que agrava la complicidad pasada, de Grecia nos viene una lección

Un desastre militar vergonzoso, un ejército que se desbanda al primer choque sin resistir apenas. Todo ello como fruto de la impericia militar del Mando y de la desorganización de los servicios producida por la negligencia, la ineptitud y la corrupción de los políticos. Exactamente igual que en España.

Sólo que en España, ni el pueblo ni el ejército reaccionaron ante el desastre. También en Grecia dimitió Crispi, es decir, Gounaris, a raíz del desastre, y sin la intervención del ejército y del pueblo, todo hubiera parado en un expediente Picasso y en unos debates parlamentarios en que se escamoteasen todas las responsabilidades. La revolución no ha entendido de escamoteos, y, sin andarse en demasiados miramientos, ha fusilado a seis de los culpables altos. El más alto estaba ya fuera del país.

El pueblo griego se ha dado cuenta de una cosa que el pueblo español parece no haber comprendido. Se ha dado cuenta de que también el pueblo tiene sus deberes y también a él le alcanzan responsabilidades. El deber de un pueblo es evitar que queden impunes desastres como el griego o como el que España ha producido en Marruecos. Y el pueblo que desatiende este deber fundamental está definitivamente perdido.

¿No se dará cuenta de esto el pueblo español? Han faltado a sus deberes los gobernantes, el Parlamento se muestra incapaz de aplicarles las sanciones que han merecido. Hay un gran silencio expectante y angustioso en la escena; es el momento de que suene el clamor del coro, pero no un clamor plañidero y funerario, sino vindicativo y justiciero. Sería demasiado optimismo profetizar el inminente desbordamiento de la cólera popular. Pero sin duda hay en el pueblo español una gran inquietud, una efervescencia desusada y algo así como la vergüenza de haberse desamparado a sí mismo.

Pero ¿quién recogerá este sentimiento difuso para darle forma? Hasta ahora sólo ha vibrado con alguna intensidad el Ateneo, en estos últimos tiempos el órgano más vivo de la sensibilidad nacional. Ante su decisión de manifestarse en la calle se ha asustado el cotarro político que lo dirige y la Junta que preside el Conde de Romanones ha dimitido en pleno. A nosotros eso no nos extraña. Es el inconveniente de tener políticos en la presidencia del Ateneo, que ha de tenerlo en cuenta para lo sucesivo.